
La milicia urbana de Barcelona en los siglos XVI y XVII

Antonio Espino López*

Barcelona Quaderns d'Història, 5 (2001)

En el presente trabajo vamos a intentar analizar el papel desempeñado por una institución militar urbana, la Coronela, en las a menudo tensas relaciones entre la Corona y la ciudad de Barcelona. Muy pocos historiadores habían tratado sobre esta institución –y además lo habían hecho de forma colateral–, de modo que era prácticamente obligatorio cubrir un espacio casi en blanco, o parcialmente inédito, dado que nadie parecía querer escribir sobre dicha institución. Sin duda, el hecho de que sea una agrupación de tipo militar –con las connotaciones negativas que, al parecer, todavía conlleva dedicarse a tales temas– así como la escasez de fuentes disponibles, pueden ayudar a entender el relativo desconocimiento de la milicia urbana de Barcelona.

Los avatares de una centuria, 1544-1640

El emperador Carlos V, tras los avatares de una de las múltiples guerras que le enfrentaron a Francisco I de Francia –de 1542 a 1544–, restituyó a la Ciudad Condal la capacidad de dirigir su milicia urbana, una milicia autodefensiva, conformada por ciudadanos y no estipendiada. El *conseller en cap* de Barcelona sería el capitán y coronel de dicha milicia, de suerte que ésta sería conocida como la Coronela. Así, la ciudad no sólo tenía la obligación de construir y reparar los muros que la defendían, además de artillarlos, sino también de armar a sus ciudadanos y, éstos, el derecho de custodiarlos. Ciertamente, la medida carolina de 1544 dotaba a ésta de una cierta autonomía defensiva, reforzada por la ausencia de una guarnición militar intramuros y por la exención del alojamiento de tropas en el seno de Barcelona. En 1554 la ciudad protestó ante el virrey, marqués de Tarifa, quien quiso designar a un maestro de campo como su lugarteniente en la Ciudad Condal mientras él se ausentaba. Barcelona alegó que sólo en caso de guerra podía el capitán

* Universidad Autónoma de Barcelona.

general dar órdenes e imponer a sus oficiales sobre una milicia no estipendiada como la barcelonesa. Incluso en 1642 los franceses concedieron que, intramuros, el *conseller en cap* se mantendría como coronel de la milicia. Con todo, el virrey marqués de Tarifa impuso momentáneamente su decisión de dividir la ciudad en diversos sectores amurallados, los cuales debían ser defendidos por los barrios asignados al efecto, en lugar del tradicional sistema gremial por el que cada sector de la muralla era defendido por un conjunto de cofradías.¹ Pocos años más tarde, en 1565 y 1567, se deliberó que, en ausencia del virrey, pero sin conflicto armado, las compañías barcelonesas serían dirigidas por el *conseller en cap*; mientras que las guardas de la ciudad las llevarían a cabo las cofradías.²

Los *consellers* deliberaron en mayo de 1598 construir la Sala de Armas, es decir, el arsenal donde se guardarían las armas de la ciudad en la antigua aduana de los granos. Un año más tarde, en noviembre de 1599, se nombró a don Joaquim Setantí responsable de los asuntos de guerra, aunque dimitió poco después. La ausencia de conflictos con Francia –la última guerra se produjo en el Rosellón entre 1596 y 1598– durante un tiempo y las medidas represivas contra el bandolerismo y la tenencia de armas por los particulares parece que se confabularon contra una institución como la Coronela, que dependía enormemente de la pericia militar de los ciudadanos y de su armamento particular. A ello cabría añadir algunas muestras de descontento. Dos sargentos mayores de la Coronela, Bellafilla y Vila, se quejaron, en 1610 y 1616, respectivamente, por no recibir un sueldo adecuado a su trabajo. También hubo quejas parecidas de los artilleros de la ciudad a fines de la década de 1620.

En 1622, las autoridades barcelonesas publicaron una ordenanza sobre la formación de la milicia urbana. Una de las ideas importantes era que los *consellers* serían asesorados por personas expertas en estos menesteres, así como que de Pascua al día de la Merced, es decir, de abril a septiembre, todos los domingos y fiestas debían formar las compañías de la ciudad para pasar muestra, “*donant jo-ya à la filera tirara millor, que desta manera tots generalment se preciaran de apendre de tirar be, y de bon ayre, perque los miradòs nos burlen dells; à més de ser per una República lo exercici més honròs y profitòs; pero la gent jove, per apartarlos de vicis, y acudir al servey del Rey, y de la Patria*”. Todas las compañías tenían su puesto defensivo en la muralla previamente asignado y las que no vigilasen ninguna sección de la misma –31 compañías– debían formar en escuadrón, para acudir allí donde más falta hicieran; los ciudadanos no encuadrados en ninguna cofradía y los forasteros debían acudir de guarnición a Montjuïc y fortificarlo; se pensaba en una fuerza de 1.000 a 2.000 hombres. Las compañías se estipulaba que fueran de 100 hombres, con 60 arcabuceros, 20 piqueros y 20 mosqueteros. Las armas estaban en las casas de los particulares o bien bajo el recaudo de la cofradía; ahora bien, si faltan armas, la propia ciudad se encargaba de suministrarlas, ya fuese prestándolas o vendiéndolas.

1. Véase Agustí DURAN I SANPERE, *Barcelona en la seva història*, Barcelona, 1973, vol. II, pág. 109-123; Jesús LALINDE ABADÍA, *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Barcelona, 1964, pág. 132-133 y V. FERRO, *El Dret Públic Català. Les institucions a Catalunya fins al Decret de Nova Planta*, Vic, 1987, pág. 170-171.

2. *Rúbriques de Bruniquer*, Barcelona, 1913, vol. II, pág. 256-272.

Estas ordenanzas fueron revisadas al año siguiente por una serie de capitanes, quienes advirtieron “*que seria de molta importància, que la ciutat tinguès assalariat un mestre de armes, per adoctrinar en lo art de la Milicia, y ensenyar lo que acerca de aquella es expedient, si y conforme en diverses ciutats se acostuma de fer així*”.³ Estos expertos creían muy oportuno que Barcelona contara con una fuerza de 200 hombres escogidos, dirigidos por un capitán muy práctico en el arte de la guerra, para enviarlos contra el posible enemigo si éste intentaba desembarcar, dando así tiempo a la ciudad para defenderse. Todos los baluartes de Barcelona, el fuerte de Montjuïc y la torre del río Besòs debían tener su guarnición y debían contar con artillería suficiente.

En 1634, cuando la guerra con Francia era inminente, el *Consell de Cent* quiso comprobar el estado de su milicia; el resultado no fue muy alentador. Había encuadrados 2.888 hombres –frente a los 4.000 que, normalmente, se decía que tenía la Coronela–, pero lo peor es que sólo 763 de los mismos (26,4%) tenían un arma. Es decir, los *consellers* calculaban que faltaban 2.125 arcabuces para armar todo el contingente.⁴ La falta de armamento depositado en la ciudad había sido el argumento que había dado el *Consell de Cent* en 1632 a Felipe IV para negarle el préstamo de 2.000 mosquetes y 2.000 picas a su hermano, el Infante-Cardenal, quien, por aquel entonces, iba de camino a los Países Bajos vía Cataluña e Italia. La ciudad alegó en consecuencia que se debían comprar 3.000 mosquetes vizcaínos, mientras que las pocas armas que quedaban eran necesarias para la defensa de una ciudad populosa situada en territorio fronterizo. Además, “*los habitants della y dels locs circunveyns estan desarmats de arcabussos, y en casi titts ells no y ha un mosquet, y en tal necessitat serie forços que la ciutat los proveys a tots*”.⁵ En 1639, el problema del armamento no parecía estar resuelto: el virrey dio licencia a los soldados de la Coronela para llevar cualquier arma.⁶

El *Consell de Cent* estimó oportuno mostrar sus prevenciones militares en la primavera de 1638, cuando se luchaba contra los franceses en el Rosellón. El domingo 18 de abril se hizo un alarde con diez de las 39 compañías que tenía por entonces alistadas la ciudad. Tras funcionar una escuela militar desde hacía algún tiempo, la cual realizaba sus ejercicios en la zona del baluarte de levante, era el momento de enseñar a los ciudadanos la capacidad adquirida para escuadronear. De modo que las diez compañías, engrosadas por un gran número de voluntarios –caballeros, estudiantes, etc.– se dividieron en dos escuadrones de 1.000 hombres cada uno, junto con su artillería, que simularon una batalla. La descripción del alarde demuestra que para la población civil era un divertimento de primera magnitud un acontecimiento como este, y sin duda se buscaba alentar la marcialidad entre todos ellos mediante aquel ejemplo práctico.⁷

3. *Ordre militar dels puestos als quals las compañías y altres personas de la ciutat de Barcelona han de acudir en temps de guerra*, Barcelona, J. Margarit, 1626, 8º.

4. AHCB, 1C-III, *Política i Guerra*, 5, 1600-1644, informe de 1634.

5. AHCB, 1C-III, *Política i Guerra*, 5, 1600-1644, carta a Felipe IV, agosto de 1632. El documento es, en realidad, un borrador de la carta enviada al monarca. Su interés es grande: podemos leer lo que se escribió primero, lo que se elimina y el resultado. Los *consellers*, por ejemplo, eliminaron un párrafo donde se hablaba de las riquezas de las iglesias de la ciudad.

6. *Rúbriques de Bruniquer*, Barcelona, 1913, vol. II, pág. 256-272.

7. *Relación de los actos militares en que la ciudad de Barcelona exercitó parte de sus compañías*, Barcelona, G. Nogués, 1638.

Milicia y tratadística militar

No debemos engañarnos: el nivel de pericia militar en Barcelona –y en toda Cataluña– era en aquellos momentos muy bajo. Tanto, que uno de los sargentos mayores de la Ciudad Condal, Domènec Moradell, escribió una obra –*Preludis militars* (Barcelona, 1640)–, dedicada “*A la nobleza, y Iuventut bellicosa de la escola militar barceloneza*”. Moradell insistía en que “*serà molt acertat de que la nació catalana en servey del Rey [...] y en defensa de la patria ab lo heretat, y propi valor ab las armas se oposen als intents del enemich, y per a que ho execute ab major aventatge, se son escrits estos preludis en llengua catalana, en los quals veuran los oficials de guerra lo que han de observar per ben gobernar, y los soldats com han de obehir, y jugar ab destreza las armas*”. En la dedicatoria al lector es aún más explícito: Moradell deseaba que los habitantes de Barcelona fuesen capaces de defenderse por sí mismos del invasor, y con ello “*no será menester vingan a gobernar los exèrcits capitans de nacions estrangeras, antes be dins breu temps ni aurà naturals que podran aspirar a ocupar los majors carrechs, y puestos dels Exercits Reals, per lo natural valor y capacitat de ingeni tenen los fills dest Principat*”. Los capítulos II al XIII versan sobre las obligaciones que tienen todos los cargos, desde el de *conseller en cap* de la ciudad de Barcelona –como coronel de la milicia urbana– hasta el soldado. El estilo es expeditivo, como si no hubiese tiempo para florituras literarias, o bien por que el autor no disponía de capacidad literaria, o bien porque no le interesaba. Moradell desgana punto a punto todos los asuntos, situaciones, etc., que pueden relacionarse con la defensa efectiva de Barcelona. El autor comenta que el ayudante debe presentarse en la escuela militar de la ciudad para aleccionar a los que allí concurren. Con todo, y dadas las circunstancias, Moradell se explaya en la figura del capitán, que es el auténtico artífice en la formación y adiestramiento de su gente. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de las ciudades catalanas, más que servir con tercios, lo hacían con compañías, de ahí que la figura del capitán fuese tan importante. La obra debía terminar con el capítulo XXVII, pero el autor recibió el encargo de escribir algunos más que fuesen útiles para el resto de la oficialidad del ejército –maestre de campo, capitán general–, así como para enseñar a alistar compañías, lo que hacía la obra útil para otras ciudades catalanas, y no sólo para Barcelona. Lo interesante en el caso de Moradell fue su evolución posterior. Cuando Pau Claris comenzó a organizar un ejército y tuvo que recurrir a las milicias urbanas, entre otras fuerzas, Moradell dirigió uno de los tercios surgidos de las cofradías barcelonesas a partir de 1641 con el cargo de maestre de campo.

En este contexto se publicaron en Barcelona otras obras sobre arte de la guerra, como *Cargos y preceptos militares para salir con brevedad famoso y valiente soldado* (1639), de Lelio Brancaccio, –quien había muerto luchando en el Rosellón–, así como el libro de de J. Doms, *Orde de batalla o breu compendi* (1643), o el tratado de artillería del maestro de la escuela de dicha disciplina de la ciudad de Barcelona, Francesc Barra, *Breu tractat de artilleria* (1642). Los dos últimos son libros de encargo, en defensa de la patria. Josep Doms i Figueres, ayudante reformado de sargento mayor de las tropas catalanas cuando escribe la obra, durante la campaña de 1642, ofreció a los oficiales casi improvisados de su patria un tratado con las reglas elementales para poder salir al campo de batalla. En su *Orde de batalla o breu compendi militar de alguns advertiments, que devem tenir-se formant esquadrons* (Barcelona, 1643), el autor argumenta que los oficiales

han de saber formar los cuatro géneros de escuadrones por si algún día han de ordenar uno o varios tercios en el campo de batalla, “y com no tots los oficials tinguin totes las circunstancies, que aquesta Art de formar esquadrons requereix, per que no tots son comptadors, encara que sapian llegir, y escriurer, ni tots saben escriurer, encara que sapian llegir”, se ha visto obligado a escribir la obra.⁸

De igual manera, Francesc Barra publicó su *Breu tractat de artilleria* (Barcelona, 1642). La obra es muy útil “per lo profit ha de fer en los curiosos en temps de tanta necessitat, y estrepit de armas, essent la artilleria en la defensa la major, y no la menor en la offensa”. Barra era maestro en la escuela de artillería de Barcelona, y en su dedicatoria a los lectores era consciente de que “lo sossego de la pau, de que tants anys ha gozát nostra patria, ha tingut sepultada la memoria militar en continuo olvit [...] he volgut resucitar lo que es de tanta importancia pera nostra defensa, y offensa dels enemichs, com es lo estudi de la artilleria”. Significativamente, la obra fue impresa por deliberación del *Consell de Cent*. En aquellas circunstancias, los conocimientos bélicos eran claramente de utilidad pública.⁹

Y también lo era la posesión de un arma para defenderse del ejército de Felipe IV. Entre 1639 y 1641, el *Consell de Cent* entregó a particulares, cofradías y algunas poblaciones el siguiente armamento: 2.875 arcabuces, a un coste de 3 libras y 4 sueldos por unidad, que suman 9.200 libras; 1.615 picas, que costaban a libra la unidad; 2.321 mosquetes, a 5 libras la unidad, es decir, 11.615 libras; además de espadines, chuzos, morriones, petos y espaldares en número reducido; también se entregaron 149 caballos y sus armas a otros tantos particulares. Por último, 36 cañones salieron de la ciudad para mejorar las defensas de Girona, Vic, Torroella de Montgrí, Torredembarra, Tamarit, Castelló d'Empúries, Blanes, Figueres, Vilafranca del Penedès, Balaguer y Canet de Mar.¹⁰

Durante la Guerra dels Segadors (1640-1652), nos encontraremos que la milicia urbana de Barcelona sería utilizada como fuente de recluta de tropas para el tercio, que pagaba la ciudad de Barcelona, de 800 hombres al inicio del conflicto; en diciembre de 1640, salió hacia Tarragona enarbolando la bandera de la patrona de la ciudad, Santa Eulalia, la cual, además, servía de reclamo para que se les unieran otras tropas por el camino.¹¹ Se llamó tercio de Santa Eulalia, y regresó de su misión fuera de la Ciudad Condal en enero de 1641, justo después de la batalla de Montjuïc. Como veremos inmediatamente, estos hechos tardarían mucho tiempo en ser olvidados en la Corte, de modo que el recelo y la desconfianza imperaron en las relaciones con Cataluña cuando, a finales del seiscientos, Barcelona fue sitiada no por las fuerzas reales, como en 1651-1652, sino por los franceses, en el sitio de 1697.

Tras la recuperación de Barcelona por las armas de Felipe IV, la ciudad tuvo que admitir que hubiese una guarnición intramuros a la que debía alojar, así que se habilitó el hospital de la Misericordia para las tropas y algunas casas de emigrados francófilos para los oficiales. En 1661 se decidió que la guarnición de Barcelona se alojaría en un cuartel que debía construirse en las Atarazanas,¹² aun-

8. Hemos utilizado el ejemplar del AHCB.

9. Francesc BARRA, *Breu tractat de artilleria*, Barcelona, 1642, [ejemplar del AHCB].

10. AHCB, 1C-III, *Política i Guerra*, 5, 1600-1644.

11. Basili DE RUBÍ, *Les Corts Generals de Pau Claris*, Barcelona, 1976, pág. 254-260.

12. Fernando SÁNCHEZ MARCOS, *Cataluña y el gobierno central tras la Guerra de los Segadores (1652-1679)*, Barcelona, 1983, pág. 78-164.

que las malas instalaciones hicieron que, a menudo, el hospital de la Santa Creu para los soldados enfermos y los necesitados de algunos cuidados, así como los claustros de algunos conventos, se utilizaran como lugar de reposo de las tropas que guarnicionaban Barcelona.

Las guerras del reinado de Carlos II

En los años de 1667 a 1668, 1673 a 1678, 1684 y 1689 a 1697, Cataluña fue uno de los frentes de guerra de la monarquía hispánica contra Francia. En todas estas ocasiones, la monarquía hispánica no hubo de poner a prueba la “fidelidad incontestable”¹³ de los catalanes en general y la de los barceloneses en particular, aunque los hechos suscitados durante la *Revolta dels Gorretes* (1687-1689) sin duda alarmaron enormemente a la Corte. Pero Barcelona pagó tercios –normalmente de 500 hombres– durante todos estos años, se invirtió todo lo que se pudo en mejorar las defensas abaluartadas de la ciudad –que siempre fueron muy mediocres– y sus habitantes alojaron lo mejor que pudieron las sucesivas guarniciones de la plaza. Además, en momentos puntuales, los barceloneses tuvieron que asumir la defensa de su ciudad.¹⁴ Así ocurrió, por ejemplo, en 1675. Durante aquella campaña los franceses invadieron el Ampurdán con un ejército muy fuerte: 14.000 infantes y 4.000 caballos. Todo parecía indicar que su objetivo era Girona. El virrey, duque de San Germán, reclamó a Barcelona que hiciese un supremo esfuerzo reclutando un nuevo tercio para enviarlo a la frontera. La ciudad contestó que, de muy buen grado, la Coronela se encargaría de la vigilancia de Barcelona, de modo que el virrey dispondría de la guarnición que guardaba esta ciudad para enviarla al frente. San Germán, puesto en un brete, respondió que el peligro estaba todavía muy lejos de las murallas de la Ciudad Condal. Los *consellers* se quejaron ante la reina regente de esta nueva prueba de desconfianza, pero lo cierto es que el virrey consiguió lo que se proponía. Los gremios y cofradías barceloneses fueron utilizados, como en otras ocasiones, para reclutar rápidamente una nueva leva de socorro para la frontera –de 300 a 400 plazas–, pero sus hombres no quisieron ser dirigidos por un maestre de campo, sino por el *conseller-coronel*. Para lograr su propósito, el 13 de mayo se amotinaron refugiándose en el interior de la catedral, de donde no salieron hasta conseguir su objetivo.¹⁵

En 1678, durante la última campaña de la Guerra de Holanda, una flota francesa se presentó ante Barcelona para aliviar la presión militar hispana en la frontera. Aunque el virrey, conde de Monterrey, regresó rápidamente a la Ciudad Condal, lo cierto es que la Coronela hubo de hacer frente a las guardias y repeler el

13. Expresión utilizada por la Generalitat, el Consell de Cent y el Braç Militar en una representación enviada a Carlos II con motivo del sitio de Barcelona de 1697. Véase *Dietari del Antich Consell Barceloní*, Barcelona, 1968, vol. XXII (1696-1697), pág. 161.

14. Barcelona alegaba un gasto, de 1652 a 1680, de 4.620.961 libras. Desde 1680 hasta julio de 1693 fue de 1.023.792 libras, de las que 50.000 se gastaron en la Coronela convocada en 1684. Véase AHCB, 1B, *Lletres closes*, 108, informe del Consell a su embajador en la Corte, 5-IX-1693.

15. *Dietari del Antich Consell Barceloní*, XIX (1671-1679), pág. 219-229.

intento del enemigo, cuando la plaza contaba con muy poco artillería –y la mayor parte de ésta desmontada–, sin oficiales ni artilleros capacitados. Sólo una compañía con 30 caballos del ejército real pudo defender la playa. Para colmo de males, en cuanto entró el virrey en la plaza, obligó a los naturales a dejar las armas al momento, permitiendo únicamente que las portasen los naturales que hicieron guardia en los baluartes. La ciudad y la *Generalitat* lamentaron este desaire y lo compararon con el ocurrido en 1674, “*de que lo virrey que Gobernava aleshoras volgué primar fiar la guarda de las portas de la ciutat a una companya de gitanos que als matexos ciutedans*”.¹⁶

La marcha de la campaña en Cataluña durante la Guerra de Luxemburgo (1683-1684) obligó a la Corte a tomar en consideración el papel de la Coronela. Mientras el mariscal Bellefonds operaba en el norte del Principado con 11.000 hombres, el virrey duque de Bournonville apenas si tenía 3.000 hombres disponibles en campaña para hacerle frente. Por ello, su estrategia consistió en controlar las evoluciones de los franceses y seguirles la pista a distancia prudencial. La posibilidad de un ataque de la armada gala a Barcelona infundía pánico en la ciudad por su indefensión, repartiéndose por orden del rey 2.000 armas, entre arcabuces, mosquetes y picas, a las cofradías y gremios que custodiaban su ciudad.¹⁷ El dominio marítimo del enemigo obligó a Barcelona a mejorar sus defensas. Para ello no se dudó en traer varios artilleros mallorquines para cuidarse de las piezas de las baterías, mientras se levantaba el tercio de la Coronela compuesto por 4.000 hombres, quienes, en ocho turnos, hacían guardia en las murallas durante un período de ocho días. Significativamente, los *consellers* dijeron a su agente, en un momento de máxima alerta, si “*poden exos señors [de la Corte] desenganyar-se de nostra fidelitat*”, viendo cómo defendían la ciudad al estar en campaña el virrey con toda la tropa disponible.¹⁸

La despedida del duque de Bournonville de su cargo fue muy agria. El virrey deseaba introducir varios tercios en Barcelona para su guarnición como era habitual, intentando los *consellers* que estuviese defendida por ciudadanos, en número de 5.000, evitándose “*competencias [y] riñas entre los soldados de los tercios de Su Majestad y los del regimiento de la Ciudad*”. El Consejo de Aragón intentó quitar hierro al asunto recordando que “*su fidelidad [de los catalanes] es notoria y está radicada, pues sobre no hacer reliquias de los que faltaron a su obligación en las alteraciones por haber discurrido 44 años [los hechos de 1640], los tratos del francés en el Rosselló y en el Ampurdán siempre que han entrado, los tiene[n] tan desengañados que aborrecen de muerte a cualquier francés*”.¹⁹ Pero al final el virrey, que poco después dejaría su cargo, se salió con la suya: el 29 de septiembre el *conseller-coronel* y los demás oficiales de la Coronela hubieron de entregar

16. ACA (Arxiu de la Corona d'Aragó), Generalitat, Lletres secretes, vol. 912-914, *diputats y consellers* al conde de Plasencia, embajador de ambos consistorios ante Carlos II, 10-VI-1678.

17. AHCB, 1B-II, *Registre de deliberacions*, 193, don Narcís Feliu de la Peña al Consell, 19-VI-1684.

18. AHCB, 1B-VI, *Lletres closes*, 105, *consellers* al agente, 24-VI-1684; AGS (Archivo General de Simancas), GA, leg. 2616, consulta del Consejo de Guerra, 27-VI-1684. En aquel momento el virrey tenía en el Ampurdán 7.932 hombres, el resto se hallaba en guarniciones.

19. ACA, CA, leg. 336, Bournonville al CA, 18-IX-1684; ACA, CA, leg. 449, Narcís Feliu de la Peña al CA, 23-IX-1684, con una *Copia de papel que trujo el Sr. Presidente del Consejo tocante a la Guarnición y Seguridad de la Ciudad de Barcelona*, sin fecha.

las armas de la milicia urbana a los oficiales reales.²⁰ El nuevo virrey, marqués de Leganés, ante las quejas suscitadas por el comportamiento de algunos soldados de la guarnición y la fuga de algunos de ellos, prometió a la ciudad invertir 30.000 reales en la construcción de un acuartelamiento más grande para que cupiesen todos y no vagabundeara por la ciudad ninguno.²¹

Desde el inicio de la Guerra de los Nueve Años (1689-1697), la ausencia del virrey de Barcelona era cubierta por el gobernador de las armas, nunca por la Coronela, pero en determinados momentos la ayuda militar de la ciudad era insustituible. Así ocurrió en julio de 1691. Desde principios de dicho mes se concentró en Roses una armada gala que el día 10 comenzó el bombardeo de Barcelona. Dicha armada estaba compuesta según el *Consell de Cent* por 24 galeras, 12 navíos y 3 balandras –otras fuentes discrepan ligeramente– que dispararon unas 800 bombas. Los proyectiles llegaban hasta el centro de la ciudad, y destruyeron 200 casas. También le acertaron a la aduana, quemando la leña almacenada y con ella 5.000 cuarteras de trigo y harina. Tanto el *Consell* como la *Generalitat* gastaron dinero en apagar los incendios causados y en enviar algunas embarcaciones a defender dos galeras del rey que había atracadas en el puerto, así como el baluarte de levante. El virrey Medina Sidonia alabó la resolución de la ciudad en su defensa, señalando la pérdida de 10 ó 12 personas y la destrucción de sólo 50 casas.²²

La presencia de una nueva armada francesa frente a Barcelona en agosto de 1693 hizo que la ciudad movilizase un sistema de escuadras de ciudadanos –de 150 a 210 personas– entre los días 12 y 16 de dicho mes para intervenir en caso de ser bombardeada la urbe. La potente armada del almirante Tourville –93 navíos y 3 balandras– le permitió, una vez llegado frente a la Ciudad Condal, pedir al gobernador un regalo para su oficialidad; el gobernador de las armas y la vi-reina, dado que el duque de Medina Sidonia se hallaba en campaña, no tuvieron más remedio que acceder, vista la fuerza del enemigo. Algunos historiadores, como N. Feliu, A. de Bofarull y F. Soldevila, se han referido a este episodio como un grave insulto, pero no se ha considerado la imposibilidad de que Barcelona pudiera defenderse de una flota como aquella. Que la visita de la armada gala no fue un asunto baladí lo demuestran las reacciones de los implicados. Los *consellers* alegaron que ellos habían hecho lo que el gobernador de las armas les pidió; mientras, los *diputats* de Cataluña se alegraban de no ser ellos quienes cargasen con la vergüenza y los oficiales reales que tomaron la resolución se defendieron ante la Corte diciendo que las instituciones catalanas y los barceloneses les habían pedido claudicar por miedo a las bombas.²³

Una de las primeras medidas del virrey Escalona-Villena fue pedir al *Consell* que corriese con los gastos de la limpieza de los fosos –trabajo realizado por los

20. *Dietari del Antich Consell Barceloní*, XX (1679-1691), pág. 191.

21. *Dietari del Antich Consell Barceloní*, XX (1679-1691), pág. 198.

22. *BC* (Biblioteca de Catalunya), ms. 504, *Narración de lo cierto y verdadero sucedido en Cataluña, 1640-1693*, f. 100vº-103; *BC*, ms. 173, *Anals Consulars de la ciutat de Barcelona*, vol. II (1567-1700), f. 201-203vº; *AHCB*, 1B-VI, *Lletres closes*, 107, *Consellers* a Carlos II, 10-VII-1691, y *Consellers* a otras personalidades de la Corte, 12-14-16-VII-1691; *ACA*, CA, leg. 339, virrey al CA, 12-VII-1691.

23. *AHCB*, 1B-VI, *Lletres closes*, 108, *Consell* a su embajador en la Corte, 13-VIII-1693.

ciudadanos- y demás mejoras de las fortificaciones de Barcelona, dado que no podía “*subministrar la Real Hacienda los medios necesarios con la promptitud de que se requiere, respecto de las muchas urgencias a que es preciso acudir y de los crecidos gastos que se aumentan para reforzar este ejército poniéndole en estado que pueda impedir los progresos de los enemigos y preserbar nuestro país de sus violentas hostilidades*”.²⁴ Por lo pronto, la Ciudad Condal se gastó 89.500 reales y prometió hacer estradas cubiertas con revellines para mejorar las defensas.²⁵

Tras la derrota del Ter –el 26 de mayo de 1694–, un ataque directo sobre Barcelona fue más evidente que nunca. Así, el 7 de junio el *Consell de Cent* entregó al gobernador de las armas un memorial con las provisiones que se encontraban en la ciudad en aquellos momentos y el grano y la carne que tenían contratados.²⁶ La providencial llegada de una armada aliada a las costas catalanas salvó la situación hasta 1696; a partir de esta fecha los avatares de la política internacional hicieron que holandeses e ingleses buscaran por separado la paz con Francia, de modo que su flota no compareció en 1697 en las aguas de Barcelona.

El sitio de Barcelona de 1697

Los preparativos de guerra franceses en los primeros meses de 1697 señalaban que su objetivo era el sitio de Barcelona. El virrey Velasco aceleró la construcción de las defensas de la Ciudad Condal, pero la inminencia del ataque francés, y su importancia, hicieron que los *consellers* demandaran la salida de la bandera de Santa Eulalia, patrona de la ciudad, para reclutar voluntarios que ayudasen en la defensa de Barcelona. Pero el virrey Velasco, militar de carrera, no encontró adecuada dicha sugerencia: “*A esta ruidosa novedad se conmueve y toma las armas en confuso tumulto todo el país, con que formado un congreso tan numeroso (la mayor parte u todo de gente vulgar) obligaría a el ejército a tomar la ley de su gusto, y a que se empeñase en precipitadas resoluciones a que inconsideradamente nos pretenderían persuadir, y si no lo hiciésemos nos conciliarían el odio de que nos excusábamos de defenderles con fuerzas superiores, siendo cierto que esta gente se desaparecería toda en un instante al primer cañonazo, como lo han enseñado tantas experiencias, y pocos días ha el suceso de los virretinas [sic] que estando juntos 10.000 hombres, 25 caballos los pusieron en confusión, y pocos más los derrotaron*”.

Recordó Velasco que la bandera para el Somatén General del Principado se enarboló en la sublevación de 1640, según sus palabras, y cuando el marqués de los Vélez avanzaba hacia Barcelona. Y sigue, “*los somatenes de Cathaluña sirven en puestos inaccesibles, donde sin riesgo puedan disparar, mas no para ponerse delante del ejército ni de un mediano escuadrón de tropas regladas, conque median-do estas consideraciones y la de haber producido infaustas consecuencias sacar es-*

24. AHCB, 1B-, *Cartes comunes originals*, 114, el virrey al *Consell*, 2-I-1694.

25. AHCB, 1B-VI, *Lletres closes*, 109, *Consell* a su embajador y a su agente en la Corte, 9-I-1694.

26. *Dietari del Antich Consell Barceloní*, Barcelona, 1967, vol. XXI (1692-1695), pág. 149-150.

ta bandera, he tenido por muy preciso y conveniente al servicio del Rey empeñarme en no permitirlo".²⁷ El Consejo de Estado apoyó la resolución de Velasco, pero insistió en que, según cómo marchase la situación, el virrey aceptase en un momento dado el apoyo de los naturales para que no se sintiesen desplazados en la defensa de Barcelona.²⁸ Así, hasta cierto punto el miedo y, sobre todo, la desconfianza hacia lo que pudiese devenir en Barcelona en un momento de crisis agarraban las respuestas políticas tanto del virrey como de los Consejos de Guerra y Estado.

El Consejo de Estado insistió en que se intentase llegar a un acuerdo con Portugal para la cesión de tropas antes que confiar en la defensa armada popular de Barcelona y de toda Cataluña. Por su parte, la *Generalitat* admitió que se hiciesen levas de compañías sueltas por todo el Principado al estilo militar, es decir, sin solicitar el levantamiento del somatén. No obstante, la solución final hallada por el virrey Velasco fue intermedia. Aceptó el ofrecimiento de las levas sueltas de la *Generalitat* y también la formación de la Coronela de la ciudad de Barcelona, ocupándose éstos de la defensa de las murallas. También convocó "*un Somatén General de las veguerías principales para el día 18 de este mes con que nunca podrán suponer se les embarazó tomar las armas para su propia defensa y ser acalorados de las pocas tropas que han quedado fuera de Barcelona... Si [h]ubiese manifestado abertura a la Bandera [de Santa Eulalia] nos viéramos con un tumulto que quisiera dar la ley al ejército y que inconsideradamente se arrojase al precipicio, siendo así que para la ocasión sólo servirá de desordenarnos, y no abrazando sus precipitadas resoluciones, sería más contingente y aún probable la sedición*".²⁹

El virrey Velasco marchó con parte del ejército a Martorell, dejando al cuidado de la defensa de Barcelona al maestro de campo general, conde de la Corzana. Los gremios y cofradías de la Ciudad Condal podían aportar unos 4.000 hombres, pero no tenían armas aptas para la defensa –mosquetes y fusiles–, sino escopetas y carabinas y muchos de ellos carecían de ellas. Los *consellers* pidieron al de la Corzana que suministrase las armas que faltaban, que se retornarían puntualmente como había ocurrido en 1684. El gobernador de la plaza se mostró dispuesto a ceder 700 u 800 armas que, con las de los particulares, bastarían para armar a unos 1.900 hombres. El resto de las fuerzas de la Coronela se emplearía en trabajos de defensa. Los *consellers* protestaron indicando que sus hombres querían todos emplearse en la lucha, no sólo en el trabajo y reclamaron hasta 1.000 armas al ejército.³⁰ El 10 de junio se formó la Coronela y el 14 se dividieron

27. AGS, Estado, leg. 4182, Velasco al secretario Larrea, 25-V-1697. Sobre la bandera de Santa Eulalia, véase M. BRUGUERA, *Historia de la invicta y memorable bandera de Santa Eulalia*, Barcelona, 1861. El 26 de mayo se le ofreció a Velasco un informe sobre los casos en los que se había enarbolado la bandera de Santa Eulalia: 1361, 1462, 1473, 1588 y 1597. De los hechos de 1640 se olvidaron. *Dietari del Antich Consell Barceloní, XXII (1696-1697)*, apéndice V, pág. 259-260.

28. AGS, Estado, leg. 4182, consulta del Consejo de Estado, 1-VI-1697.

29. ACA, Generalitat, Cartas a Papas y Reyes, vol. 923, *diputats* al rey, 30-V-1697; AGS, Estado, leg. 4182, consulta del Consejo de Estado, 31-V-1697, y Consulta de Velasco al rey, 15-VI-1697.

30. Los militares pudieron negarse a entregar más armas porque no las había, no porque no quisieran hacerlo. Según el virrey Velasco, "*la falta de armas, municiones y pertrechos es*

en tres grupos o guardas para realizar el servicio en las murallas.³¹ Al día siguiente comenzó el bombardeo de la plaza que terminaría con la rendición de la misma a inicios de agosto.

El *conseller-coronel* Francesc de Taverner y el teniente coronel don Anton de Lanuza recibieron cada uno 400 libras por su labor. Pero, sin duda, toda la población barcelonesa se comportó muy bien durante el sitio, con la excepción de quienes aprovecharon la ocasión para robar en las casas derruidas por las bombas. La determinación de la ciudad durante el sitio es indiscutible: “*Visca lo Rey y defense-se la Plaça fins a morir*”.³² Según Mas y Montagut hubo varios ejemplos al respecto: “*Y ni tampoch han faltat algunes donas, que vestidas com hòmens, an anat a la muralla, disparant qualsevol arma de foch com si tota sa vida se aguessen exersitat ab milisia contra francesos que a tant arriba la aversió que tots tenen als francesos, y home hi a agut que no tenint, a mà, lo artiller las tapas per carregar la artilleria per lograr un bon tret, ha donat y destrosat son justacòs que portave per taps de la artilleria [...] Los minyons petits inútils per las armas y per fusions de valor an fet major servey a nostres milisies que estaven de guarda en la cortadura que ningú; perquè no an reparat en exposar-se en los continuos perills de morir de una bala, pedra o bomba que continuament se a tirat a dita cortadura per compassió y charitat que tenen a nostras armas que estaven abrasant-se de sed en aquells puestos ocasionada de tant foch, calor del sol, cansansio de tant tirar y no havent-hi per aquells encontres ninguns pous, fonts ni aygua enlloch y dits minyons en anar a portar-los an portat allí canters grans de aygua anant-la a sercar al altre part de ciutat per no trobar-se’n allí per causa de tants enderrochs: a vista de que ningun home gran si volie ocupar pagant-los, y los dits minyons ho feyen ab molta prestessa y abundànsia [...] a entrada de nit eixien de la Plaça uns paysans se n’anaven en ves [sic] los ataques dels henemichs y se amagaven per los camins fondos, sèquies, entre canamars y en altres llochs secrets, y després en passar per aquells encontorns alguns soldats los eyxien a robar y los despullaven tots nusos y després los mataven; y si bé que los generals an promès que de cada soldat viu que dits paysans portarien prè en la Plaça los donarien un tant, no obstant assò, més se estiman matar-los que no tenir lo lucro que’ls han ofert, per no posar a contingència que dits francesos se’n tornassen a sas milisies*”.³³

La historia se repetiría en 1714.

grandísima, y que pide el mayor cuidado en su breve reemplazo y principalmente Barcelona, pues si los enemigos intentasen expugnarla cualquiera cosa que falte será de sumo perjuicio” (AGS, GA, leg. 3011, Virrey Velasco al Consejo de Guerra, 14-XII-1696).

31. *Dietari del Antich Consell Barceloní*, XXII, pàg. 148-176; véase la lista de las guardas con los oficiales de cada gremio.
32. F. A. ROS, *El ‘Codern de la relació del siti de Barcelona tingut en lo any 1697’ del Dr. Gaspar Mas y Montagut*, Barcelona, Seminario de Barcelona, 1950, pág. 94.
33. ROS, *El ‘Codern...’*, pàg. 94-97; BC, F. Bonsoms, 209: *Escudo diario de lo sucedido en el ataque y defensa de la ciudad de Barcelona*, La Haya, J. D. Stavker, 1699, pág. 67.